

vasores. Si en el primer Nacimiento de María recibe la tierra el lazo sagrado que ha de estrecharla eternamente con el cielo, y una prenda de seguridad contra las ulteriores maquinaciones del enemigo común de nuestro linaje, en el segundo recibe España la señal de su reconciliación con la Majestad ofendida del Señor, y el iris de paz que colocado por la diestra Omnipotente en el mismo sitio do tuvo principio nuestra ruina, nos asegura contra los temores de otra invasión. Si María nace en Nazaret para enjugar las lágrimas de la humanidad afligida, para elevar su voz hasta el sólio de la Divinidad, y desempeñar allí los oficios de abogada y defensora del hombre; si María nace en Nazaret para hacer revocar la maldición pronunciada contra la raza prevaricadora, apagar el rayo de las divinas venganzas, y arrancar de las manos del Criador el decreto de nuestra vida; María nace otra vez sobre el muro de vuestro alcázar para desterrar de este suelo el luto de la esclavitud, para declararse Patrona y Protectora especial de la ciudad de su nombre, para abogar por ella en el tribunal del eterno Juez, y derramar desde lo alto sobre vuestras cabezas todos los tesoros de gracias con que el cielo la ha enriquecido.

Vosotros sabeis, habitantes de la ciudad de María, vosotros sabeis que no es arbitrario este cotejo. Vuestro corazón, las lágrimas de gratitud con que tantas veces habeis regado este templo, la historia de vuestro pueblo y la de toda la España, responden de la verdad de los hechos en que él se funda, y ponen de manifiesto toda la injusticia con que los enemigos de vuestras glorias han censurado el título de Milagros, con el cual habeis proclamado á la faz del mundo á

vuestra dulce Protectora, y protestado vuestro reconocimiento á los beneficios incomparables de que sois deudores á su benéfico Patronato. Ellos quisieran que para satisfacer á su obstinada incredulidad, la naturaleza suspendiese el curso ordinario de sus leyes: como si la incredulidad, católicos, fuese capaz de satisfacerse con milagros; como si María estuviese obligada á dispensarlos á la ingratitud; como si estuvieran menos justificados los que tantas veces ha hecho en beneficio de esta ciudad; como si en los juicios de la Providencia no fuesen milagros los mismos castigos que nos libertan de las penas eternas por una satisfacción saludable. ¡Temerarios! ¡Piden milagros, y no se curan de merecerlos! Teman que irritada María les repita con el acento de la indignación aquella amenaza terrible, que la osada incredulidad arrancó en otro tiempo de la boca de su Divino Hijo. «Esta generación perversa y prostituida pide milagros, y no se le dará otro que el que baste á sellar para siempre su confusión, y le provoque á un estéril arrepentimiento (1).»

Estoy muy lejos de creer, señores, haya en mi auditorio una sola persona, á quien pueda ser aplicada esta reconvención severa. Esas demostraciones de placer con que habeis acudido á la celebración de estos cultos, son pruebas nada dudosas de la sinceridad, así de vuestra creencia en orden á la milagrosa Aparición de María, como de vuestra confianza en los influjos de su Patronato. Pero ¿habeis meditado sobre la estension y gravedad de los deberes en que os empeña? ¿Sabeis que además de los homenajes de vuestra

(1) Math. cap. XII, v. 39.

creencia y de vuestra esperanza, debeis á María otro mas precioso, sin el cual será perdido el mérito de aquellos, esto es, el homenaje de vuestro amor? Ved aquí lo que voy á manifestaros en la última parte del discurso, con la brevedad que exige mi pasado determinimiento.

TERCERA PARTE.

Mídense la gratitud por el tamaño del beneficio. Cuanto mayor es la importancia ó la nobleza de los derechos que se nos confieren, tanto es más sagrada nuestra obligacion de corresponder á ellos, tanto mas estrecha nuestra responsabilidad en el abandono de los deberes que les están vinculados. Yo no espero se me dispute, señores, la justicia de una máxima que han sancionado de concierto la religion y la naturaleza; ni pienso pueda equivocarse la application que hace de ella mi discurso en esta hora. Acaso por el contrario, se me reconvendrá tácitamente, de que habiendo hablado ya de la proteccion especial de María á favor de esta ciudad privilegiada, quiera entrar en el exámen de una verdad embebida en aquella doctrina, ocupando vuestra atencion con la declamacion de unos principios universalmente reconocidos y confesados.

Para justificarme de esta censura, bastará, señores, que yo declare que cuando ofrecí en la division del discurso hablar separadamente de los deberes que os impone el Patronato de María, no era mi ánimo persuadiros vagamente de la obligacion que os cumple de corresponder á sus maternales finezas con el tributo de vuestra gratitud, persuasion á que cierto no po-

deis negaros, una vez confesada la predileccion y los favores con que os ha distinguido vuestra Divina Protectora. Mi intento no era, ni puede ser otro que el de fijar las reglas de esa misma gratitud, y preservar á mis oyentes de los funestos escollos en que de ordinario naufraga la piedad, cuando no va modelada por las máximas severas del Evangelio. No, católicos, fuerza es decirlo, no son los trasportes de una devocion transitoria, no ese entusiasmo ilusorio que nace y muere en los sentidos el que puede desempeñaros de las obligaciones esencialísimas en que os constituye el Patronato de María, y aseguraros los derechos á un amor, que solo está prometido á la emulacion de sus ejemplos, á la imitacion de sus virtudes.

Vanos son, indignos de la santidad de María, y de la magestad del Dios en cuya gloria se terminan las de su dichosa Madre, aquellos homenajes exteriores que tributa en las aras de la religion la hipocresía ó la indiferencia y que desmienten el corazon y las costumbres. ¿Quién no temblará, mis hermanos, al recordar las sentidas palabras con que reconvenia el Señor en otro tiempo la falsa piedad de su pueblo? «Sabed, les decia por uno de sus Profetas, que no quiero ya vuestros sacrificios, y que abomino vuestros incienso. El Novilunio y el Sábado y las otras fiestas me son molestas: mi alma detesta vuestras Calendas y solemnidades, porque la iniquidad reina en vuestras reuniones. En vano multiplicareis vuestras oraciones: yo os cerraré mis oídos, porque vuestras manos están llenas de sangre, de injusticias y de violencias. Purifícate, pueblo ingrato, lava tus manchas, quita de delante mis ojos la malicia de tus pensamientos, renuncia al mal, aprende á hacer el bien, busca la

rectitud, socorre al oprimido, haz justicia al huérfano, defiende á la viuda, y entonces ven á ofrecerme tus votos, y quédjate de mí si no te atiende (1).»

Católicos, hijos de María: ¿estais por ventura seguros de que vuestra tierna Madre no pueda dirigiros este mismo lenguaje? Cuando proclamais sus alabanzas, cuando os gloriáis de su Patronato, cuando acudís á este templo á solemnizar sus cultos, ¿están de acuerdo vuestro corazon y vuestros lábios? ¿Procurais ser herederos del espíritu de María, como lo sois de su nombre? ¿Es honrada la Reina de los cielos en vuestras acciones, como lo es su imagen en vuestro Santuario? ¿Habeis llegado á convenceros de que María no puede reconocer por hijos á los que no reconocen á Dios por Padre? La ley está promulgada, católicos, y su ejecucion será infalible. Es voluntad de Dios que solo entre sus escogidos fije María su morada. *In electis meis mite radices* (2). La hija predilecta del cielo ha prestado su consentimiento á esta ordenacion de la justicia divina. Ella ha declarado con una precision que no deja lugar á dudas, que solo habitará en la ciudad santificada, que solo entre santos hará su residencia. *In civitate sanctificata similiter requievi... in plenitudine sanctorum detentio mea* (3). ¿Qué ceguedad es la nuestra, despues de una declaracion tan solemne de parte de Dios y de María, creer que puedan serles gratos los homenajes exteriores del culto, desatendiendo su legislacion, menospreciando sus voluntades? ¿No es muy de temer que así como las virtudes de nuestros padres trajeron á María á este suelo, la destierren de

(1) Isaie, cap. I.

(2) Eccl. cap. XXIV, v. 13.

(3) Ib. v. 15 y 16.

él las culpas de sus hijos? ¿Por ventura es digna de la proteccion y de las mercedes que mereció á María aquella edad de costumbres severas y de religiosidad inviolable, esta nuestra en que triunfa la desmoralizacion, se entronizan las pasiones, y la impiedad levanta bandera contra el cielo?

Siento, señores, turbar con tan tristes reflexiones el gozo á que deberiais exclusivamente entregaros en este dia. Pero ¿me es dado desentenderme de ellas sin hacer traicion á los deberes mas esenciales de mi sagrado ministerio, á los intereses mas preciosos de vuestras almas? Estos, católicos, estos son los que con mas energía reclama de vosotros la seria meditacion de una verdad, cuyo olvido solo puede ser funesto para vosotros mismos. Persuadios de que sin costumbres no hay piedad, sin virtudes no hay culto, sin respeto á Dios no hay devocion á María. El temor de agravar el abuso que ya quizá he hecho de vuestra indulgencia, sellará muy presto mis lábios. Pero esa Imágen Milagrosa, prenda de la proteccion de María y símbolo de sus amores, os recordará con elocuente silencio al par que vuestras glorias, vuestras obligaciones y juramentos.

Pueda, católicos, su presencia disipar las sombras de esas vanas objeciones, con que la falsa crítica ha pretendido hacer sospechosa la acreditada tradicion de vuestros mayores: pueda consolidar vuestra esperanza en la proteccion que María os dispensa declarándose vuestra Patrona: pueda escitaros á la gratitud que exige un amor tan generoso, correspondiendo con la pureza de vuestros sentimientos y con la santidad de vuestras costumbres á las benéficas miras de su maternal ternura. Creencia, esperanza, amor: tal

es el precio á que María os brinda con su Patronato, tal es el triple homenaje que espera hoy de vuestro reconocimiento. Recordad lo que la debeis, y ved si exige mucho de vosotros la que ha elegido y santificado este lugar para que lleve su nombre eternamente y permanezcan en él por siempre sus ojos y su corazón. *Elegi, et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi in sempiternum, et permaneant oculi mei, et cor meum ibi cunctis diebus.*

Gloria á tí, ¡oh celestial y divina María! Bendición, alabanza y cánticos de loor eterno al día venturoso en que consagrandó con tu Aparición este suelo, fijaste el nombre y la dicha de una ciudad, mas illustre ya por tu Patronato, que lo fuera por la nobleza de su origen, por los timbres de su antigüedad, y por la fama de sus gloriosas empresas. Intérprete de los sentimientos que animan en esta hora á sus habitantes, yo te ofrezco en vez del elogio que merecen tus favores, y que no es dado pronunciar á lábios mortales, las vivas emociones de un corazón, cuyos senos ocupa exclusivamente la admiración, la gratitud, el gozo que tú le inspiras. Sé que las voces del triste humano son muy débiles para cantar dignamente tus glorias; pero sé también que tu corazón jamás ha sido insensible á sus clamores. ¡Ah! si el entusiasmo con que renovamos al pie de tus aras el juramento de fidelidad que te prestaron nuestros abuelos; si el doble título de hijos y de clientes; si el llanto de amor que arrasa nuestras mejillas son de algún valer en ese pecho amoroso, dignate, oh María, lanzar desde los cielos una mirada de compasión sobre la suerte de tu pueblo y de toda la monarquía, de que eres igualmente Patrona. Mira á esta nación desgra-

ciada, señora un tiempo de los mares, legisladora de las provincias, árbitra del comercio, no menos envidiada por sus riquezas que respetada por sus armas, hora llorar la desolación y la indigencia á que la ha reducido una larga serie de imponderables desventuras. Tú las conoces, oh Madre, y sola tu diestra bienhechora puede derramar sobre nuestras heridas el bálsamo de la salud. ¿Será por ventura en vano que este pueblo haya trasladado tu nombre á sus banderas, y que mil y mil lábios te proclamen el Númen Tutelar de las Españas? ¿Reclamaremos inútilmente de nuestra dulce Patrona el desempeño de los oficios que á tan tierno nombre están ligados? No, María; nuestros pechos están muy lejos de abrigar dudas, que ofenderían la delicadeza de tu amor, y nos merecerían el título de ingratos. Sabemos que la adversidad de nuestro destino no puede ser duradera, confiado á esas manos poderosas en que el autor de los seres ha puesto el cetro de oro con que modera al universo; y que si ofendida hoy por los pecados de tu pueblo pareces insensible á nuestros males, y sorda á nuestros suspiros, tal vez no está lejano el día en que desagraviada con la sinceridad de nuestro arrepentimiento, enjugues compasiva nuestras lágrimas, solaces nuestros corazones, nos indemnice con usura de nuestros padeceres, nos haga dignos de tu amor y de tu glorioso Patronato en esta vida, para que seamos también admiradores y partícipes de tu dicha en la eterna. Amen.